

pequeña corona de flores de lis de oro, y la visera y los rebordes eran de pieles semejantes á la guarnición del vestido.

Al ver al príncipe, las dudas del duque de Borgoña se desvanecieron; marchó en seguida hacia él, entró en la tienda y observó que contra la costumbre y usos no había barrera en medio para separar los dos partidos; sin duda creyó que era un olvido, porque ni aun hizo presente su observación. Cuando los diez señores que le acompañaban hubieron entrado detrás de él, se cerraron las dos barreras.

Apenas había en esta estrecha tienda un espacio suficiente para que las veinticuatro personas pudiesen caber ni aun de pies; Borgoñones y Franceses estaban mezclados hasta el punto de tocarse: el duque se quitó el sombrero y puso la rodilla izquierda en tierra delante del delfín.

— He venido obedeciendo vuestras órdenes, monseñor, dijo, á pesar de que algunos me han asegurado que esta entrevista solo había sido pedida por vos con el objeto de hacerme reconvenções; espero que no será así, monseñor, no habiéndolas merecido.

El delfín cruzó los dos brazos sin abrazarle ni

levantarle como había hecho en la primera entrevista.

— Os habéis engañado, señor duque, dijo con voz severa; sí, tenemos graves reconvenções que haceros, porque habéis cumplido mal la promesa que nos habíais hecho. Habéis dejado tomar nuestra ciudad de Pontoise, que es la llave de París; y en lugar de arrojaros dentro de la capital para defenderla, ó morir como vasallo leal, habéis huído á Troyes.

— ¡Huído, monseñor! dijo el duque estremeciéndose todo su cuerpo al oír una expresión tan ultrajante.

— Sí, huído, repitió el delfín recalcando la palabra, habéis huído.

El duque se levantó, creyendo sin duda que no debía oír más; y como en la humilde postura que había tomado, uno de los adornos del puño de su espada se había agarrado á una malla de su cota, quiso hacer recobrar á esta arma su posición vertical. El delfín retrocedió un paso, no sabiendo cuál era la intención del duque al agarrar la espada.

— ¡Ah! ¡echáis mano á la espada en presencia de vuestro amo! exclamó Roberto de Loire interponiéndose entre el duque y el delfín.

El duque quiso hablar. Tanneguy se bajó, cogió

una corta hacha de armas que estaba oculta detrás de la tapicería, y empinándose la levantó sobre la cabeza del duque, diciendo :

— Ya era hora.

El duque vió el golpe que le amenazaba ; quiso pararlo con la mano izquierda, mientras que llevaba la derecha á la guarda de su espada, pero no tuvo tiempo de sacarla : el hacha de Tanneguy cayó derribándole la mano izquierda, y del mismo golpe le abrió la cabeza hasta la barba.

El duque se sostuvo todavía un instante en pie, como una robusta encina que no puede caer. Entonces Roberto de Loire le clavó su puñal en la garganta, donde le dejó.

El duque dió un grito, extendió los brazos y fué á caer á los pies de Giac.

Hubo un gran clamor y una espantosa pelea, porque en un pabellón donde apenas dos hombres hubieran tenido lugar para batirse, veinte se arremolinaron los unos sobre los otros ; hubo un momento en que no podía distinguirse sobre las cabezas más que manos, hachas y espadas. Los Franceses gritaban : ¡ Matar ! ¡ matar ! ¡ mueran ! y los Borgoñones : ¡ Traición ! ¡ traición ! ¡ alarma ! Centelleaban las espadas al encontrarse, la sangre corría de las heridas. El delfín espantado tenía

medio cuerpo fuera de la barrera. Á sus gritos el presidente Louvet llegó, lo cogió en brazos, lo sacó fuera y le arrastró casi desmayado hacia la ciudad : llevaba el vestido de terciopelo azul teñido de sangre del duque de Borgoña, que había saltado hasta él.

Entretanto, el señor de Montaigne, partidario del duque, había conseguido escalar la barrera, y gritaba : ¡ Alarma ! Novailles iba á saltarla también, cuando Narbone le abrió la parte posterior de la cabeza ; cayó fuera del pabellón, y expiró casi al momento. El señor de Saint-Georges estaba profundamente herido de un hachazo en el lado derecho y el señor d'Ancre tenía partida la mano.

El combate y los gritos continuaban en la tienda, y pisoteaban al duque moribundo, que ninguno pensaba en socorrer. Hasta entonces los del delfín, mejor armados, llevaban la mejor parte ; pero á los gritos del señor de Montaigne, Antonio de Thoulon-geon, Simón Othelimer, Sambutier y Juan d'Ermag acudieron, se acercaron al pabellón y mientras los tres vibraban sus espadas, el cuarto rompía la barrera. Por su parte los hombres ocultos en la casa salieron y acudieron en ayuda de los del delfín. Los Borgoñones, viendo que toda resistencia era inútil, tomaron la fuga por la barrera abierta.

Los del delfín les perseguieron, y solo tres personas quedaron dentro del pabellón, vacío y ensangrentado.

La primera, el duque de Borgoña tendido y moribundo; la segunda, Pedro de Giac en pie con los brazos cruzados viéndole morir; y la tercera, en fin, Olivier Layet, que compadecido de los padecimientos de este desgraciado príncipe, le levantaba la cota para remartarle de una estocada; pero de Giac no quería abreviar su agonía, gozándose en cada una de sus convulsiones; y cuando conoció la intención de Olivier le dió un gran golpe que le hizo saltar la espada de la mano. Olivier admirado levantó la cabeza.

— ¡ Eh! En nombre de Dios, dejad que muera este pobre príncipe con tranquilidad, le dijo riéndose.

Luego que el duque hubo dado su último suspiro, le puso la mano en el corazón para asegurarse de que estaba muerto; y como el resto le importaba poco, nadie reparó en él.

Entretanto, los partidarios del delfín, después de haber perseguido á los Borgoñones hasta el pie del castillo, volvieron atrás. Hallaron el cuerpo del duque tendido en el mismo punto donde le habían muerto, y á su lado un sacerdote, que arrodillado

sobre la sangre, rezaba las oraciones de los muertos. Quisieron separarlo del cadáver y éste arrojólo al río; pero el sacerdote levantó su crucifijo sobre el duque, y amenazó con la cólera del cielo á cualquiera que se atreviese á tocar el cuerpo, cuya alma se había separado de él tan violentamente. Entonces Cresmerel, bastardo de Tanneguy, le arrancó del pie una de las espuelas de oro, jurando llevarla en adelante como una orden de caballería; y los criados del delfín, siguiendo su ejemplo, arrancaron las sortijas de que estaban cubiertos sus manos, igualmente que la magnífica cadena de oro que pendía de su cuello.

El sacerdote le veló hasta media noche, á cuya hora, solo con la ayuda de dos hombres, llevó el cuerpo al molino, cerca del puente, le depositó sobre una mesa y continuó rezando hasta el día siguiente por la mañana. Á las ocho, el duque fué enterrado al pie del altar de San Luis; estaba revestido de su ropilla y borceguies, ninguna ceremonia religiosa acompañó al entierro; sin embargo, para reposo de su alma se dijeron doce misas durante los tres días que siguieron á su asesinato.

De este modo cayó por traición el poderoso duque de Borgoña, apellidado Juan Sin Miedo. Doce años

antes había él infamemente herido al duque de Orleans de los mismos golpes con que acababa de ser alcanzado á su vez; había mandado cortar su mano izquierda, y su propia mano había sido mutilada: lo había hecho abrir su cabeza con una hacha de armas, y su cabeza acababa de ser abierta por la misma arma. Las gentes religiosas y creyentes vieron en esta coincidencia singular una aplicación de las palabras de Cristo: « El que á hierro mata á hierro muere. »

Desde que el duque de Orleans había muerto por orden suya, la guerra civil había, como una ave de rapiña hambrienta, devorado sin descanso el corazón del reino. El duque Juan, como si arras-trase tras sí el castigo de su homicidio, no había tenido desde que lo cometió un solo instante de reposo: su fama había sufrido mil afrentas, su felicidad duros contratiempos; se había hecho irresoluto y aun tímido.

El hacha de Tanneguy Duchatel dió el primer golpe al edificio feudal de la monarquía de Capeto: derribó con estruendo la más fuerte columna de aquel grande vasallaje que sostenía la bóveda, el templo amenazó ruina y se podía creer que iba á desplomarse; pero para sostenerlo quedaban toda-vía en pie los duques de Bretaña, los condes de

Armañac, los duques de Lorena y los reyes de Anjou.

El delfín, de un aliado incierto que tenía en el padre, se hizo un enemigo declarado del hijo: la reunión del conde de Charolais á los Ingleses puso á la Francia al borde del precipicio; pero la usur-pación del duque Juan, que no podía hacerse sino por la cesión perpetua á los Ingleses de la Nor-mandía y de la Guyena, la hubiera sin duda preci-pitado.

Tanneguy Duchatel debe ser considerado como uno de los hombres de cabeza, de valor y ejecución, de cuya historia pueden sacar estatuas bien admi-rables; su celo y adhesión á la dinastía le condujo al asesinato: su virtud fué causa de su crimen. Hizo una muerte en provecho de otro, guardando para sí la responsabilidad: su acción es de aquellas que los hombres no juzgan, que Dios pesa, y que el resultado absuelve; simple caballero, le fué dado dos veces casi poner término á los males del Estado y cambiar enteramente su afán; la noche en que arrebató al delfín del palacio de San Pablo, salvó la monarquía: el día en que cortó la cabeza al duque de Borgoña en Monterau, hizo más toda-vía, salvó la Francia.

Hemos dicho que al instante que el señor de Giac

había visto al duque muerto se había separado del puente.

Eran las siete de la tarde: el tiempo se ponía sombrío, la noche se acercaba; desató su caballo, que había dejado en el molino de que hemos hablado, y volvió á tomar solo el camino de Bray-sur-Seine.

Á pesar del vivo frío que se sentía y de la obscuridad que cada vez iba siendo mayor, el caballo y el caballero no caminaban sino al paso. De Giac estaba absorto en sus sombríos pensamientos: la muerte del duque no había satisfecho más que la mitad de sus deseos de venganza, y el drama político, en el que acababa de hacer un papel tan activo, acabado por todo el mundo, tenía para él solo un nuevo desenlace.

Eran las ocho y media cuando el señor de Giac llegó á Bray-sur-Seine. En lugar de encaminarse por las calles del lugar, dió la vuelta, ató su caballo en la tapia exterior de un jardín, abrió la puerta, penetró en la casa y subió á tientas una escalera estrecha que conducía al primer piso.

Llegado á la última escalera, la luz que penetraba entre los cristales le indicó el cuarto de su mujer. Se adelantó hasta el umbral de la puerta: la hermosa Catalina estaba sola y sentada, el codo

apoyado sobre una mesita esculpida, cubierta de frutas; su vaso medio vacío manifestaba que había interrumpido una ligera colación para entregarse entera á uno de esos ensueños de joven tan dulces para el que es objeto de ellos, y tan infernal cuando excitan los celos.

De Giac no pudo soportar más tiempo su vista; entró sin que le oyese, tal era la distracción de Catalina; empujó la puerta con violencia: Catalina dió un grito y se puso en pie, como si una mano invisible la hubiera levantado por los cabellos.

— ¡ Ah ! ¿ sois vos ? dijo pasando de repente de la expresión del espanto á la de gozo, y forzando sus facciones á que se sonrieran.

De Giac miró con amargura aquella deliciosa figura, que obedecía con tanto abandono hacia un momento á las impresiones del corazón, y que en aquel momento cedía á lo que su talento la dictaba.

Movió la cabeza y fué á sentarse á su lado; nunca la había visto tan hermosa.

Catalina alargó su suave y blanca mano, toda cubierta de sortijas, y cuyo brazo se ocultaba desde el codo bajo las anchas mangas pendientes guarnecidas de pieles.

De Giac tomó su mano, la miró con atención, y volvió uno de los anillos, que era el que tenía el

sello que había visto en el sobre de la carta escrita al duque. Encontró la estrella perdida en un cielo tempestuoso, y leyó las palabras que estaban grabadas debajo.

— *La misma*, dijo entre dientes: la divisa no mentirá.

Entretanto Catalina, á quien este examen causaba inquietud, procuró distraerlo, y puso su mano sobre la frente de Giac; aunque pálida, estaba ardiendo.

— Estáis fatigado, señor, dijo Catalina; debéis tener necesidad de tomar alguna cosa; ¿queréis que llame?... La comida de una mujer, continuó sonriéndose, es un poco frugal para un caballero hambriento.

Se levantó y tomó un silbo de plata; iba á llevárselo á la boca, cuando su marido le detuvo la mano.

— Gracias, señora, gracias, dijo de Giac; es inútil llamar, me basta: dadme solamente un vaso.

Catalina fué á buscar ella misma el objeto que pedía su marido. Cuando salió, de Giac sacó apresuradamente un frasquito de su pecho, y vació el licor que contenía en el vaso medio lleno que había quedado sobre la mesa. Catalina volvió sin advertir lo que acababa de pasar.

— Hé aquí, dijo llenando un vaso de vino y presentándolo á su marido: aquí está, bebedlo.

De Giac llevó á sus labios el vaso como para obedecer.

— ¿No continuáis vuestra comida?

— Había concluido cuando llegasteis.

De Giac frunció las cejas y echó una mirada hacia Catalina.

— Espero que no rehusaréis mi brindis como yo he correspondido al vuestro.

Y presentó á su mujer el vaso envenenado.

— ¿Y á quién es ese brindis, monseñor? dijo Catalina tomándolo en la mano.

— ¿Al duque de Borgoña! respondió de Giac.

Catalina, sin ninguna desconfianza, inclinó la cabeza sonriéndose, llevó el vaso á la boca y lo vació casi enteramente. De Giac la seguía con los ojos con una expresión infernal.

Cuando concluyó se echó á reír; su extraña risa hizo estremecer á Catalina, que le miró admirada.

— Sí, sí, dijo de Giac, como respondiendo á esta interrogación; os habéis dado tal prisa á obedecerme, que no he tenido tiempo para acabar de expresar mi brindis.

— ¿Qué quedaba que decir? respondió Catalina con un sentimiento vago de temor. ¿El brindis no

ha sido completo, ó no he entendido bien? Al duque de... Borgoña.

— Sí, señora: pero iba á añadir y que Dios tenga más misericordia de su alma que los hombres la han tenido de su cuerpo.

— ¿Qué decís? exclamó Catalina con la boca entreabierta, los ojos fijos y perdiendo el color de repente; ¿qué decís? replicó segunda vez con más fuerza.

Y el vaso que tenía en la mano se le escapó de entre los dedos que habían quedado sin juego, y se hizo pedazos.

— Digo, respondió de Giac, que el duque Juan de Borgoña ha sido asesinado hace dos horas en el puente de Monterau.

Catalina dió un grito y cayó sobre un sillón que tenía detrás.

— ¡Oh! no será cierto, dijo con el acento de la desesperación; no es cierto.

— Es cierto, respondió de Giac.

— ¿Quién os lo ha dicho?

— Yo lo he visto, respondió friamente.

— ¿Vos?

— Yo le he visto á mis pies, ¿lo entendéis, señora? he visto al duque retorcerse en su agonía, derramando su sangre por cinco heridas, mori-

bundo, sin sacerdote y sin esperanza; yo he visto que su boca iba á exhalar el último suspiro, y me he acercado para oírlo pasar.

— ¡Oh! ¡y no le habéis defendido! ¡no os habéis interpuesto! ¡no le habéis salvado!...

— Á vuestro amante, ¿no es verdad, señora? interrumpió de Giac con una voz terrible y mirando á Catalina de frente.

Catalina dió un grito; y no pudiendo soportar la mirada devoradora que su marido fijaba sobre ella, ocultó su cara entre las dos manos.

— ¿Pero vos no adivináis nada? continuó de Giac levantándose también. ¿Es estupidez ó descaro, señora?... ¿No adivináis que la carta que le habéis escrito, que habéis sellado con este sello que lleváis en el dedo (y quitó la mano que cubría sus ojos); aquella carta en que le dabais una cita adúltera, soy yo el que la he recibido, el que le he seguido, el que esta noche (echó una mirada sobre su mano derecha), noche de delicias para vos, noche de infierno para mí, me cuesta mi alma! ¿Vos no adivináis que cuando entró en el castillo de Creil, entré antes que él; que cuando pasasteis enlazados en los brazos uno de otro por esta sombría galería, yo os veía, estaba allí, casi os

tocaba? ¡ Ah! ¡ ah! ¿ no adivináis nada? ¿ es menester decíroslo todo?

Catalina espantada cayó sobre sus manos y sobre sus rodillas, gritando:

— ¡ Perdón, perdón!

— Y decid ahora, continuó de Giac cruzando sus brazos sobre el pecho y moviendo la cabeza, disimulabais bien vuestra vergüenza y yo mi odio; veamos ahora cuál de los dos ha disimulado mejor... ¡ Ah! ese duque, ese gran vasallo orgulloso, ese príncipe soberano, que los siervos de sus vastos dominios llamaban en tres lenguas duque de Borgoña, conde de Flandes y de Artois, palatino de Malines y de Salins, cuya palabra ponía en campaña cincuenta mil hombres sacados de sus seis provincias, ¡ ha creído, ese príncipe, ese duque, ese palatino, que era bastante fuerte y poderoso para ultrajarme á mí, Pedro de Giac, simple caballero! ¡ y lo ha hecho el insensato!... y bien, y, no he dicho nada; no he escrito cartas soberanas, ni he convocado á mis hombres de armas, mis vasallos, ni mis escuderos, ni mis pajes; he reconcentrado la venganza en mi pecho y devorado mi corazón... Después cuando ha llegado el día he llevado á mi enemigo por la mano como á un niño débil, y le he conducido á Tanneguy Duchatel,

diciéndole: ¡ HIERE! Y al presente este hombre, que tenía bajo su dominio provincias que ocupan la mitad del reino de Francia, este hombre está tendido en el lodo, revolcándose en la sangre, y no hallará tal vez seis pies de tierra para descansar tranquilo en la eternidad.

Catalina estaba á sus pies pidiendo misericordia y arrastrándose sobre el vaso roto, que le hería las manos y las rodillas.

— Y bien, señora, ¿ entendéis? continuó de Giac, á pesar de su nombre, á pesar de su poder, á pesar de sus hombres de armas, me he vengado de él; juzgad si me vengaré de su cómplice, que no es sino una mujer, que está sola, que yo puedo destruir con un soplo, que yo puedo ahogar con mis manos.

— ¡ Oh! ¿ qué venís á hacer? exclamó Catalina.

De Giac la cogió del brazo diciendo:

— En pie, señora.

Y la puso delante de él.

Catalina echó una mirada sobre sí misma, su vestido blanco estaba manchado de sangre; á esta vista un vértigo pasó sobre sus ojos, su voz se extinguió en su garganta, extendió los brazos y se desmayó.

De Giac la cogió en sus brazos descansando su

cabeza en el hombro, bajó la escalera, atravesó el jardín, puso su fardo en la grupa de Ralff, lo sujetó con su banda, y montó á caballo, atando á Catalina á su cuerpo con el cinturón de su espada.

Á pesar del doble peso, Ralff salió al galope luego que sintió la espuela de su amo.

De Giac dirigió su marcha atravesando los campos; delante de él se extendían las vastas llanuras de la Champagne, y la nieve que empezaba á caer á grandes copos cubría la tierra con una ancha mortaja y le daba el aspecto árido y salvaje de las llanuras de la Siberia; ninguna montaña se dibujaba en el Oriente, llanuras y más llanuras; solamente de trecho en trecho algunos álamos blancos se balanceaban al impulso del viento, semejantes á fantasmas; ningún ruido humano turbaba aquellas soledades desoladas: el caballo, cuyos pies se hundían en la nieve, redoblaba sus esfuerzos silenciosos: el caballero mismo detenía su respiración; parecía que en medio de aquella naturaleza helada todo debía tomar el aspecto de la muerte.

Pasados algunos minutos, los copos de nieve que pegaban en la cara de Catalina, el movimiento del caballo, que rompía su cuerpo débil, y el frío penetrante de la noche, tornáronla á la vida; y al volver en sí, creyó ser presa de uno de aquellos sueños

dolorosos en que pensamos que algún dragón alado nos lleva por los aires. Bien pronto un vivo dolor en el pecho le hizo ver la terrible realidad: la verdad espantosa, sangrienta, inexorable se presentó delante de ella; todo lo que acababa de suceder la recordó las amenazas de su marido, las que se renovaron en su imaginación; y la situación en que se hallaba la hacía temer que iba á ponerlas en ejecución.

De repente un dolor más agudo, más ardiente, más incisivo, le hizo dar un grito, que se perdió sin eco, deslizándose sobre la anchurosa alfombra de nieve; solamente el caballo espantado redobló su velocidad.

— ¡Oh, monseñor! padezco mucho, dijo Catalina.

De Giac no respondió.

— Dejadme bajar, decía ella, dejadme coger un poco de nieve; mi boca está ardiendo, mi pecho se quema.

De Giac seguía callando.

— ¡Oh! os ruego en nombre del cielo, por gracia ó por compasión; son llamas de fuego ardiente; ¡agua! ¡agua!

Catalina se retorció en sus ataduras de cuero que la unían á su caballero. Procuró deslizarse al

suelo, y la banda la detenía; parecía á Leonor ligada al fantasma: el jinete era tan silencioso como Welhom, y Ralff corría como el caballo fantástico de Buerger.

Entonces Catalina, sin esperanza sobre la tierra, se dirigió al Señor.

— ¡ Misericordia, Dios mío, misericordia !

Tales deben ser los tormentos de un envenenado.

Á estas palabras, de Giac dió una carcajada. Era una risa extraña, infernal; tuvo un eco. Otra risa le respondió ruidosa, que se extendía y huía sobre aquella llanura fúnebre. Ralff relincho y sus crines se erizaron de terror.

Entonces la joven vió que estaba perdida y que había llegado su última hora; comprendió que nada podía retardarla, y se puso á orar en alta voz, interrumpiendo á cada instante su oración por los gritos que le arrancaba el dolor. De Giac quedó mudo.

Bien pronto vió que se debilitaba la voz de Catalina; sintió aquel cuerpo que había cubierto de caricias retorcerse en las convulsiones de la agonía; pudo contar los estremecimientos mortales que corrían por sus nervios, ligados á los suyos; poco á poco la voz se apagó, y quedó en una especie de ronquido continuo: las convulsiones cesaron, y no

fueron ya más que estremecimientos casi insensibles; en fin, el cuerpo se endureció, la boca suspiró; era el último esfuerzo de la vida y la última despedida del alma. De Giac estaba atado á un cadáver.

Tres cuartos de hora continuó su camino sin pronunciar una palabra, sin volverse, sin mirar atrás.

En fin, se halló sobre las orillas del Sena, un poco más abajo del punto en que desemboca el Aube, que por consiguiente se hace más caudaloso y más rápido. Detuvo á Ralff, soltó la hebilla del cinturón que ataba á Catalina á su cuerpo, que nada sostenía más que la banda que enlazaba á la silla, y cayó atravesado sobre la grupa del caballo.

Entonces de Giac se apeó: Ralff, lleno de espuma y mojado de sudor, quería entrar en el río; su amo le detuvo con la mano izquierda por el bocado.

Después con la derecha tomó su puñal, buseó sobre el cuello del animal la arteria, y abriéndola con su punta acerada y punzante, la sangre saltó.

Al instante Ralff se levantó de manos, dió un relincho, y arrancándose de la mano de su amo se arrojó al río, llevando tras sí el cadáver de Catalina.

De Giac, en pie sobre la arena, le miró luchar contra la corriente, que hubiera fácilmente atrave-

sado sin la herida que le debilitaba. Llegado al tercio del río empezó á llevarlo la corriente y su respiración se hizo más ruidosa. Procuró volver sobre la orilla, su grupa había ya desaparecido, y solo se distinguía sobre la superficie del río el vestido blanco de Catalina. Luego dió una vuelta como arrastrado por un torbellino, sus manos batián el agua y la hacían saltar. En fin, el cuello se hundió lentamente, la cabeza á su vez desapareció poco á poco, una ola la cubrió: volvió á aparecer un instante, y se hundió segunda vez. Después, algunos globulitos de aire vinieron á reventarse en la superficie del agua.

Todo se concluyó; y el río, un instante turbado, al cabo de algunos momentos volvió á tomar su silencioso curso.

— ¡ Pobre Ralff! dijo el señor de Giac con un suspiro.

XXVII.

El desaffo.

Al día siguiente en que acació la muerte del duque de Borgoña, los hombres de armas á quienes había encomendado la vispera la defensa del castillo de Monterau entregaron esta fortaleza al delfín, bajo condición de que se habían de respetar sus vidas y bienes. Eran capitanes los caballeros de Sonville y de Montaigne.

En aquel mismo día el delfín celebró un gran consejo, en el cual se escribieron muchas cartas á las ciudades de París, Chalons, Reims y otras: en ellas daba cuenta de su conducta á fin de que no le acusasen de haber roto la paz jurada, ni de haber faltado á su real palabra. Hechas estas cosas, se retiró á Bourges con sus prisioneros, dejando por capitán de la villa de Monterau á messire Pedro de Guytry.